

APOLÓ

AÑO IV

Número 24

REVISTA DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

----- DE PÉREZ Y CURIS -----



MONTEVIDEO

FEBRERO DE 1909

Si es usted forastero y no conoce
la ciudad, no tiene que preguntar
nada á nadie, todo se lo explicará
: : : : LA GUIA : : : :

QVO VADIS?

Ferrocarriles, Vapores, Tranvías,
Mensajerías, etc. — Plano completo,
nomenclator y descripción de la ciudad

Montevideo en el bolsillo

— — — ÚNICA EN SU GÉNERO — — —

“GERMEN”

YA APARECIÓ

Por los Jardines del Alma = = =

POESÍAS DE

Ovidio Fernández Ríos

0.50 EL EJEMPLAR

Revista de Sociología

Director: Alejandro Sux

En venta en la LIBRERIA MODERNA

SARANDI, 240

MONTEVIDEO



APOLÓ



REVISTA MENSUAL DE ARTE Y SOCIOLOGÍA

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL URUGUAY,
LA ARGENTINA Y CHILE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN MENSUAL

| | | |
|-----------------------------|---------|-----|
| Edición económica | \$ 0.15 | oro |
| » de lujo | » 0.20 | » |



Administrador: LUIS PÉREZ (Cerrito, 375)

La correspondencia literaria á PÉREZ Y CURIS

— MONTEVIDEO (URUGUAY) —



APOLÓ

Director - Redactor: PÉREZ Y CURIS

Secretario de Redacción: OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO IV

Montevideo, Febrero de 1909

N.º 24

La tristeza del Sol

I 67.580

Para APOLÓ.

En estas horas de melancolía
de gris y nebuloso desconsuelo,
sueñan mis ojos turbios con el cielo,
la luz y el campo de mi Andalucía.

Aspiro un tibio aroma de romeros
y de jazmines. El azul chispea
de sol, y duerme la morisca aldea
entre naranjos y entre limoneros.

Señor, un poco de reposo, en esta
vida gris de miserias y dolores...
Olvido para todos los afanes,

y adormecerse en la calina siesta
mientras sueñan los frescos surtidores
en algún viejo patio de arrayanes.

II

Del rojo sol de estío los ardores
agostan mis jardines orientales.
Están mudos de sed los surtidores
y de sed se deshojan los rosales.

Y hasta aquel ruiseñor cuyas cantigas
perfumaron de ensueño mis veladas,

muerto le encontré ayer, lleno de hormigas
entre las negras hierbas calcinadas.

Ni el eco errante de una voz alegra
el sopor infinito del paisaje...
Todo muere y al par todo se olvida ...

Sólo la sombra de una araña negra
hila entre el esqueleto del ramaje
el tedio fatigoso de la Vida.

III

Un triangular ensueño de cipreses
rasga el cobalto fúlgido del cielo,
proyectando en el ocre de las mieles
las sombras de su oscuro desconsuelo.

Es ceniza la giba de la sierra ;
nos asfixia la fiebre del bochorno...
Quema el aire, y parece que la tierra
es el candente respirar de un horno.

El llano es todo fuego, sin más sombra
que la de nuestro cuerpo... Alguien nos nombra
con voz ronca de sed... Y paladea
el labio las nostalgias de la jarra
que colgada á la sombra de la parra
el frescor de sus lágrimas gotea.

IV

En las arenas rojas bajo el fuego
del sol, que en el espacio reverbera,
se yergue un esqueleto de palmera
sobre el pardo brocal de un pozo ciego.

Todo en la paz canicular ha muerto !
Y hasta el inmóvil mar, de sol bruñido,
es un lago de sal, adormecido
en la tórrida margen del desierto.

Es un humo de incendio el calvo monte ;
y si algún ave cruza el horizonte
desciende á las arenas asfixiada.

Ni una gota de agua se conserva
en los pozos, ni el rastro de una hierba
verdece entre la arena calcinada.

FRANCISCO VILLAESPESA.

El fracaso real

El palacio alto, amplio, fuerte, de mármol brillante con incrustaciones de oro.

El Silencio y la Meditación recorren sus galerías como sobre alfombras de mullido terciopelo.

La Reina moradora de ese palacio es magnífica, soberanamente hermosa: esbelta y robusta como una antigua matrona romana; ojos escrutadores; labios firmes, como para el convencimiento; brazo que se extiende en dirección al avance, al porvenir. Su ropaje de seda que deslumbra y cruye, y sobre las espaldas el manto como de rayos solares cuajados en forma de tela.

Es la Razón.

Va á salir de su blaneo palacio, en pos de una conquista que acrecentará su imperio.

A la puerta espera el regio automóvil que sorbe el espacio dejando como estela una nube de polvo que disipa el viento. Lo guía un joven rubio, musculoso, ardiente. Mirada orgullosa, labios plegados con desdén, ceño sombrío que se impone en una extensión, como la luz del medio día; mentón agudo y sólido.

Es el Valor.

Está impaciente, porque ha tiempo espera á la Reina, para

lanzarse hacia el futuro de una evidencia presentida, de un derecho en germen.

Cuando subía al automóvil, entró á la mansión señorial un caballero correcto y fino, vestido de negro.

Habla con Su Majestad. Discuten con interminable lógica. Ella desespera; pero él es insinuante. Su faz pálida se anima á veces con fugacidades boreales. Su descarnada y temblorosa mano cuenta y desgrana los argumentos, entre las frases de convencimiento frío y penetrante. Se inclina á veces rendido. No, hay algo más. Y renace el collar de axiomas transparentes, que se va extendiendo ante los ojos de la Reina.

El Valor, á la puerta, sobre el vehículo vencedor, cierra los puños y golpea.

La Meditación desciende por las gradas brillantes y tersas del palacio de mármol con incrustaciones de oro. Se acerca al oído del Valor, y le dice: El Miedo está en el salón. Habla con la señora Reina, largamente. Ella le escucha.

El Valor, visiblemente triste, baja y entra al palacio, murmurando: Cuando la Razón y el Miedo discuten, éste vence. La conquista no será.

Pierrot grotesco y trágico

A Julio Herrera y Reissig.

Jugueteando alegremente van Pierrot y Colombina,
En camino al baile. Cantan *chansonettes* de arrabal.
Ella es pálida y es frágil como üna figulina
Y él es fresco y él es rubio como un vaso de champagne.

Han llegado. En los salones reina alegre tremolina.
Carcajadas, gritos, músicas llegan hasta el boulevard.
El pierrot dice locuras y se empolva con harina
Que ha encontrado en una como bombonera de cristal.

El pierrot está borracho. Colombina fué perjura.
Un Cyrano es dueño ahora de su gracia y su hermosura
Porque díjole al oído un romántico rondel.

El pierrot comprende todo. Su dolor es sobrehumano.
Y en su fiebre ... va y se ahorca en la nariz del Cyrano
Con el lazo de una blanca serpentina de papel!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.



El sacrificio

Para APOLÓ.

Clotilde penetró bruscamente en el
esteritorio.

— ¡Ricardo! ¡Perdón! Soy yo. Ve-
nia decidida á verte. Te conocí por
la ventana. Por miedo á tu madre
no he esperado, no he querido lla-
mar.

Ricardo de pie delante de su mesa

de trabajo, la miró inmóvil, como
interrogándola, sorprendido é indignado.

— Comprendo tu sorpresa. No me
esperabas. Mi abandono y mi cruel-
dad haciendo un vacío entre nos-
otros, ha dejado al dolor que con-
virtiese el amor en odio, la amada

miel del pasado en este veneno amargo. Ayer he llegado de Europa con papá. Anoche no pude dormir. Hoy me tienes aquí á pedirte perdón.

Ricardo dejó escapar la única palabra.

—Perdón?

—Sí, perdón. Sé que me odias, y que tu madre ha deseado mi muerte. Me lo decían las últimas cartas de Ana Mora. Ayer me lo dijeron entre alarmas y sonrisas todas las amigas que fueron á saludarme. Clotilde era antes para tí el principio y el fin, la vida y la muerte, todo. Tus ideas comenzaban en ella, y á ella volvían para terminar, porque ella era la universalidad de todas las cosas. Siendo tu cristal maravilloso, á través de mi ser—de mi manera de ser, de mi forma de ser,— imaginabas al mundo. Ahora soy tu sombra espectral, tu recuerdo mortalmente implacable. He quedado detrás de tí como una pesada cadena que comenza en tu alma...

Clotilde se echó gimiendo en un sofá, la cara entre el pañuelo. Ricardo la miró con piedad, y buscando indiferencia, comenzó á pasar maquinalmente las hojas de un libro.

—Y si todo lo sabes, y si tú misma confiesas tu traición, ¿á qué vienes? ¿A qué vuelves á buscarme?

—A pedirte perdón, á explicarte...

—Explicarme ¿lo qué? ¿Tu abandono? ¿Acaso quieres expiar el martirio de un arrepentimiento? ¡No! Eso es de las Magdalenas, y las Magdalenas ya no existen. Cuando huye de un alma el amor, es hacia otra alma y no retorna. El amor crea, pero no resucita sus muertos.

—Es que tú te engañas. Es que tú no conoces. Yo no he dejado de amarte un solo día, un solo minuto. Tuya y para tí he sido siempre. Te lo juro. Es que...

—¿Qué? ¿Qué vas á decir?

—Oyeme, Ricardo, éyeme. Haz de mí después lo que quieras. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Yo misma, yo misma con mi corazón, he muerto á mi corazón...

Ricardo hizo un gesto de indiferencia y se sentó.

—Tú sabes, Ricardo, cuánto nos amábamos.

—Eso creía! Todo pasa. Ilusiones... ¡Va!

—Déjame hablar, por favor! Nos amábamos, sí. Hace cinco años publicaste tu primer libro. Leyéndolo, leí tu alma, leí en tu vida, soñé como tu habías soñado en aquellas páginas donde pusiste todo el calor de tu corazón y la juventud de tu cerebro. Cantabas la vida y la amabas porque la sentías bella y la sentías buena, buena y bella como aquellos tus gallardos varones y tus hermosas mujeres de las novelaciones,

que á fuerza de amar el amor amaban hasta el amargo de sus dolores. Mi corazón palpitó con el palpitá de tus héroes, y alentando con ellos, envié á tí sin conocerte el primer suspiro y la primera ilusión. Sí, Ricardo. Te amé desde lejos, te amé desde cuando leída la última página de tu primera obra, vencida por tus imaginaciones, soñé con el ensueño de tus personajes, y una voz dijo dentro de mi corazón: ¡Dichosa será la mujer que pueda estar junto á su vida! Mi deseo enviaba, luego mi amor se ofrecía. Más tarde el destino nos acercó y como si nos hubiéramos esperado, pronto nuestros espíritus exaltaron su armonía hasta las más intensas vibraciones, y sus ansias y sus ambiciones se parecieron porque el alma que soñaba era sólo un alma: la tuya, la mía, la de los dos. ¡Demasiado lo sabes! ¡Demasiado lo recuerdas!

—¿Para qué? ¿A qué vuelves con aquéllo? Espía tu delito á solas con tu remordimiento, pero no tengas la herejía de morder con tu cruda las cicatrices de las propias heridas abiertas por tí. Déjame. Me haces daño. ¿A qué volver?

Clotilde se avalanzó hacia Ricardo y levantando las manos hizo un gesto de súplica.

—Déjame hablar! ¡Déjame decirte! Tú dices que yo te he hecho sufrir, que he sido tu desgracia. Por eso me odias...

—Odiarte...

—O no me perdonas.. Yo necesito explicarme.

Ricardo se levantó iracundo.

—Explicarte! ¿Pero qué? Que te fuiste un día, ambiciosa, extravagante ó divertida, á buscar por toda Europa colgada del brazo de tu padre, extranjeros que te ofrecieran barcos, títulos ó dinero?

—Ofrecerte?

—O poco menos. Sé que sigues la moda. Sé que al fin has concluido por ser un sonido más del alma social.. que no tiene alma. De tí ha huido como ha huido de todos los corazones, ese dulce y lento amanecer interior que no se sabe de dónde viene ni á dónde va; esa aurora de un sol que hace enloquecer soñando, y que soñando siempre, se clama por enloquecer toda la vida; esa luz maravillosa de salud y de perdón que lleva á olvidar de tanto en tanto que la vida es amarga y que no vale la pena de vivirla...

—Has sufrido.

—Más que tú.

—Más? No.

—Más, sí. ¿Sabes por qué me fui á Europa? No fué por ambiciones ó extravagancias. No fui á ofrecerte. Me fui para salvarte.

—¿Salvarme?

—Sí. Despues de tu primer libro y de tu éxito, caiste en mis brazos como si ellos hubieran sido una corona que te ceñías, y bien ó mal, ó las dos cosas, olvidaste tu labor comen-zada, el floreciente camino abierto, y vencido en la dicha te adormiste bajo la sombra amable de tus lau-reles. Yo estaba perdidamente ena-morada de tí. Te veía grande en el hoy, magnífico en el mañana. Presentía para tus homenajes todos los tri-butos de la tierra, porque tú tenías todos los merecimientos. Pero mien-tras á tí la pasión te enceguecía lle-vándote desde la locura hasta el sui-cidio intelectual, á mi enloqueciéndo-me también me iluminaba para sal-varte. Un instinto de mujer, de madre ó de hermana, ponía ojos en mi alma, y una secreta voz me decía que estaba en mi voluntad, ó apagar con mis besos tu vida moral—precipitán-dote al silencio y al anónimo—ó esti-mular con la fortaleza valerosa de mi amor y el acicate de su sacrificio, tu deslumbrante gloria de mañana, que imaginaba dormida en el sagrario misterioso de tu cerebro, esperando la voz conjuradora que le llamará á los debates y á los triunfos. Y para sal-varte olvidé el amor, salté por encima de los corazones, é impuse con mi deseo tan fuerte como mi volun-tad, la ofrenda de nuestra comú-felicidad y la apremiante tortura del dolor. Yo aparentando olvidarte, haría un silencio, buscaría espacio entre los dos, me iría á Europa.

Ricardo la miraba consternado.

—¿No comprendes? Quería hacerte sufrir para salvarte. Irví ar tu dolor, tus penas, tus lágrimas, para que sufriendo y llorando hicieras suirr y llorar a los demás, á todo ese ma-bdo desconocido y agotado que en el castigo del hambre que martiriza, no recuerda ya que lleva en el se-creto de sus corazones, grande ó pe-queña, una porción de paraíso, el al-ma. Tocados por la virtud de tus amarguras, dulces á fuerza de ser be-llos, despiertan un instante y por un instante sueñan porque tú los has maravillado, son más buenos porque tú les has enseñado á amar lo amable y á la piedad de lo que sufre. Buscaba en tí, Ricardo, algo de tu agonia, algo de muerte en tu vida para asegurar con tu tributo de dolor, la eterna y gloriosa bienaventu-ranza de mañana. Estaba segura de que yo era tanto como la mitad de tu exis-tencia, que al alejarme de tu lado se alejaba la felicidad, digna ó no de tí, pero necesaria á tu alma como las venas á tu sangre. Y entonces,—conociéndote como te conocía, todo espíritu, todo vehemencia, todo vi-bración,—acorralado, desesperado por la angustia y el recuerdo, brotaría es-tallando tu pujante temperamento de escritor, y la gloria desvanecida entre

la miel de los besos, volvería á na-cer de una tierra más fértil porque era más amarga, del dolor, origen universal. ¿Comprendes? Era cruel para ser buena. Condené mi alma pa-ra salvarte.

—Quieres decir que mi gloria...

—Sí. Fué mi delito.

—Y si me hubiera muerto en el dolor?

—¡Oh, no! Eso no era posible!

—Y si hubiera sucedido?

Clotilde sacudió la cabeza con desesperación. Luego, enrojeciéndose, exclamó con firmeza:

—No... sé. Creo que era preferible verte muerto en la lucha á verte fra-casado.

Ricardo la miró con estupor, como ante la revelación de un increíble mi-lagro. No podía comprender que fue-ra posible colocar por encima del amor del corazón, otro amor más heroico y más divino: el amor á la Gloria, representación de la suprema fuerza.

—Sí, Ricardo. Tú bien lo sabes. Un fracasado es un muerto vivo, es un inútil que estorba, un despojo que afrenta, una vergüenza que no se lava jamás. Ni tú ni yo hubiéramos al cabo resistido la vida, viéndonos sufrir en la demanda de tu conquista imposible, no obstante el amor y la disculpa del amor. Yo era tu felicidad alcanzada, pero no tu deseo, tu es-pe-ranza, tu ensueño, tu quimera. Mi posesión era tu derrota y tu ven-cimiento porque era el silencio de tu satis-facción. Como en todas las co-sas humanas, se hacían por desgracia necesarios el afán, la lucha, el ob-stáculo, el espejismo lejano, la crue-lidad de los sueños eternamente fugi-tivos. No era, en fin, tu dolor. Recor-daba á la Laura del Petrarca. Recor-daba á la Beatriz del Dante. Recor-daba á todas aquellas mujeres que habían sido ya en las artes bellas, ya en las conquistas de sangre, en todos los esfuerzos heroicos y en todos los triunfos memorables, fuerzas «ne-cesarias», «necesarias» aunque fatales. Sí, Ricardo. Tú mismo, en nuestros pasados lejanos dulces días de bienes-tar y ensueño, me las encareciste con todo el amor y la belleza que tú sa-bes poner á las cosas cuando te son amadas. Sí, tu mismo, yo lo he apren-dido de tus labios, cuando tus labios me hacían el elogio, cuando yo era para tí más que tu propio arte...

Por los ojos de Ricardo cruzó un fulgor de ira.

—Eres diabólica. ¡Tuviste el valor de llevarme á la experiencia! ¡Tuviste el valor de precipitarme á lo des-conocido sin temer por mí ni por tu suerte! Temerariamente segura, des-piada y audaz, jugaste el porvenir, el tuyó y el mío, colocando mi vida como una apuesta en el albur del destino, donde las cartas eran Glo-

ria ó Muerte. Pues bien. Medioocre ó grande, relativo ó completo, el triunfo fué tuyo porque vencí á la muerte y conseguí la gloria. Pero á costa de un sacrificio: Tu felicidad, mi amor. Hoy ya no existe para mí.

—¡No es posible, Ricardo! ¡No es posible!

—Es irremediable. El dolor, la duda, el tiempo, la confidencia de las ideas y las emociones á las páginas del libro, el generoso amor de mi madre que me prodigó sus bálsamos y sus consuelos, disiparon poco á poco las impresiones y los recuerdos, y sobre las cenizas apagadas del amor que fué, sólo queda flotando aún, la tibiaza vaga y triste de mi melancolía...

—¡No es posible! ¡No es posible!

—¡No, Dios mío!

—Sí, Clotilde. Sí. Acabemos de una vez. No hablemos más. Vete. Huye de mí. Olvida. Yo no tuve la culpa. Ya no es posible, no, no es posible. No podría volver á quererte...

—¡Ricardo! ¡Por favor! ¡Mira lo que dices! Eso no puede ser, Dios mío, no puede ser!

—Sí, puede ser, sí...

—¡No! ¡No! ¡Pensar que otra mujer, la primera, al acaso, la que menos valga, ocupará mi rincón en tu alma y acompañará tus pasos en la vida, con tu amor, con tu gloria, con tu corazón!...

Ricardo se encojío de hombros.

—¡Y! ¿Qué quieres? ¡Extraño y caprichoso juego de las fuerzas intangibles, que para algunos se llaman Dios y para otros fatalismo, azar ó combinación! Mas castillo que cae no vuelve á levantarse. Amor que se apaga no deja resollo. Otra quizá habrá mañana en tu lugar, en tu lugar no, porque tú no vuelves jamás á ser, pero te seguirá en la cadena misteriosa de las pasiones, y si no ha de borrar en absoluto tu recuerdo en mi vida, conseguirá al menos desvanecer el espectro de tu amor, que puede eternizar mi martirio perpetuando mi tortura...

—Sufrirás de nuevo, y en el desencaute de lo que se hace viejo volverás á olvidar...

—Olvidare... Sufriré... Apuraré las agonías... Volveré á empezar... Así toda la vida, porque la vida es así...

—¡Tú, volver á sufrir! ¡Tú, en nuevas agonías!

—Déjalo. Es el destino. La felicidad no existe.

—Y el amor...

—¡El amor? Espejismos. Ansias de no sufrir, sufriendo siempre.

Callaron ahogados por la angustia de lo imposible, agobiados bajo la pesada sentencia de las ideas repercutidas en el pensamiento, volantes por encima de las cabezas malditas,

estremecidas en los oídos con las últimas palabras. Era la fatalidad que los vencia.

—Vete, Clotilde. ¡Vete! Esto ya es irreparable, como los que se mueren. No me queda para tí más que piedad. No tendría ya valor ni para ofrecerte el socorro de un afecto de hermanos. Nuestra historia, nuestra desventurada historia nos ha separado para siempre y es necesario que volvamos retrocediendo á ser lo de antes, dos desconocidos, á perdernos de nuevo en la bruma del tiempo, en la vaguedad de las cosas, en la nada de lo que nunca ha sido... Necesitamos curarnos de nosotros mismos. Necesitamos olvidar, olvidar absolutamente. Deja á la vida seguir el designio de su voluntad.

—No, Ricardo, no! ¡No puede ser!

Clotilde sollozaba temblando, acurrucada en el extremo del sofá, poquita cosa del alma, sofocándose entre el pañuelo, abrasada por la fiebre de aquel fantasma del porvenir desolado, triunfante sobre la gloria de los pasados días. Ricardo, mirándola, sintió pena, y un ahogo le contrajo las mandíbulas. Eran ansias de llanto, angustiosas ganas de dar consuelo y pedirlo.

—¡Clotilde! ¡Vete! Mi madre puede venir...

—Tu madre...

La puerta se abrió lentamente. La figura esbelta y severa de una señora, vieja joven, entrecana, de perfiles serenos, altivamente marchita, apareció en el umbral. Ricardo y Clotilde bajaran la cabeza anonadados.

—¡Usted!

—Sí, madre. Clotilde. Yo te explicaré.

—Explicarme ¿lo qué? exclamó acercándose. ¡Tú eres, Ricardo, el que quieres explicarme!

—Yo, madre, sí.

—¡Te has olvidado ya! ¡Te has olvidado lo que has sufrido, los días de amargura entre la vida y la muerte, las angustias que me has hecho pasar por esa...

—¡Madre!

—Sí, por esa, que harta de tus amores te abandonó en busca de nuevas aventuras, de otros hombres que le dieran vidas que sacrificar, vanidades y vencimientos, serviles cortejos de coqueta donde triunfar sin condiciones... Purificada por tu amor de la tontería social, despreció al cabrío tu amor porque sentía nostalgia de la tontería. Tenía el alma hueca y tu alma le abrumaba dentro de su vacío. Por eso huyó de tí, por eso sin comprender lo que le dabas ni lo que valías, arrojó tu vida y lo tuyo, segura de su tiranía, presintiendo el calvario de tus lamentaciones. ¡Yo te lo decía, Ricardo! ¡Yo te lo decía! Era como todas. Y como todas vuelve en los caprichos á martirizar á la ví-

tima, más propicia cuanto más castigada.

—No, madre. No es eso!

—No, señora. Yo no...

—Ya no te acuerdas, Ricardo, de tus desesperaciones, ni de tus angustias clamando por ella, de tus días de fiebre y de tus delirios sin consuelo. Ya no te acuerdas de las noches enteras de aquellas eternas veladas que pasé á tu cabecera, transida de cansancio, dañada de pesadumbres, enloquecida por tu suerte, implorando con mis lágrimas la salud que te faltaba, la felicidad que no tenías, la esperanza que te me llevaba poco á poco de mi lado...

Las últimas palabras vibraron temblando como si se ahogaran. Dos gruesas lágrimas corrieron por las mejillas de la anciana, estremecida por un hipo de emoción y de coraje. Clotilde, abrumada por el destino implacable, se apocaba medrosa, hundida en el sofá, gomebunda y plañidera como los que han llorado mucho.

—¡Qué he hecho, Dios mío! ¡Qué he hecho! ¡Si yo lo hubiera sabido!

—Y ahora vuelves otra vez! ¡Quieres abandonarme!

—Pero madre, si no es eso!

—No, señora. Yo no...

—Vete, siquieres. Vete. Te has independizado de mi voluntad y ya es imposible vencer tu corazón. Otras son tus glorias y otros tus sacrificios. Pero oyelo, Ricardo: Negada por tí, yo ya no soy tu madre. Bien te puedes morir cien veces, que cien veces morirás sin que te conozca.

—¡Por Dios! ¡Por Dios, señora!

—¡No, madre, no! ¡Usted no comprende!

—¿Para qué? ¿Vas á inventarme acaso otra verdad? ¿Para qué? ¿Para qué? Yo que sé lo que has sufrido, yo que sé cómo asesina el dolor, yo que te he defendido de todas las ansias postremas, de todos los trances acerbos, no conozco otra verdad que la verdad del amor. Esa mujer te ha dejado ir hacia la muerte porque le faltaba el corazón. Más allá del corazón no puede existir otra disculpa. La vida comienza con un beso y acaba llorando porque los besos acaban. Todo lo demás es el mal, es la herejía, es lo monstruoso. Tú lo sabes porque eres mi hijo. Sigue, sigue adorándola ya que lo quieres. Ahí la tienes.

La anciana hizo un gesto de alto y doloroso desprecio. Después, volviéndose hacia Clotilde, le dijo lentamente como una maldición:

—Sólo le deseo que pueda usted algún día ser la madre de un hijo que sufre.

Y salió del escritorio. Solos de nuevo, segundos de silencio pasaron, segundos eternos donde las voces tenaces palpitaban aún en los oídos en trémulas dilataciones. Clotilde enton-

ces tuvo miedo, tembló en un pánico aterrador, y levantándose huyó hacia la calle, á la carrera, enloquecida.

—¡Es necesario! ¡Es necesario! exclamó. ¡Estoy maldecida! ¡Maldecida!

Inmóvil, aniquilado por tantas emociones, Ricardo escuchó la precipitación de los pasos que se iban. Una sombra cruzó por la ventana, y al volver la cabeza, imaginó ver aún la silueta despavorida de Clotilde, aquél su pobrecito amor sacrificado por su gloria, por la fatalidad, por el destino. Y echándose de codos sobre su mesa de trabajo, comenzó á llorar desesperadamente, como una criatura.

—¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

Tres días después:

—Ricardo: No me acuses. No insisto. Me despido. Serán las últimas noticias que tendrás de mí. A solas con mi desventura, he pensado que tú tienes razón. Yo me he sacrificado la vida inútilmente. ¡Inútilmente? Sí, inútilmente para mí. Ya nada soy porque nada valgo en tu existencia. Mañana parto con la gobernanta para el campo. Iré á morirme, á dejar-me morir. ¿Entiendes? A exhalar lentamente la vida espiritualizándome hacia la nada. ¡Lo! nada! ¡Sentir la áspera desolación del vacío sin poder llegar absolutamente á él! Es horrible, Ricardo, es horrible! Sé que la sociedad concluiría fatalmente por borrar de mi corazón mis viejos dolores y mis intornables alegrías. Por eso huyo de ella para defender tu recuerdo y vivirlo intensamente, todo lo que me sea posible. Quiero sacrificarte hasta el último aliento, desvanecer mi vida en tu homenaje como se desvanece el incienso en un altar abandonado. Hubiera podido matarme, pero siento repugnancia por la sangre derramada. Después, sería una cobardía para mí y para tí un remordimiento. Y yo no quiero hacerte sufrir, sino curarte de mi mal en un plácido y insensible olvido. Dentro de un año, el bullicio de la vida cantando á tu lado, el regocijo de los nuevos encantos y de las nuevas consagraciones, harán un piadoso silencio á lo que fué nuestra historia, y hundida en la paz eterna de las vagedades imprecisas con todos mis recuerdos que serán mis flores de mortaja, dormiré para siempre como en una tumba. Te hará sonreír mi romanticismo, pero si otra cosa es el amor y el ensueño, déjame con él y perdóname porque lo siento como la única virtud digna de vivirse: él es la consecuencia en la fe y la pureza de los ideales. Lo demás es brutal y doloroso.

Esta mañana he quemado mis trenzas, que estaban llenas de tí, de tus manos y de tus labios.—Clotilde.»



Ego (1)

Para APOLO.

I

II

De la materia

Porto mis crenchas á la antigua usanza
Nazarena y galante ; mi cabeza
De heroico aventurero, la altiveza
Tiene del castellano en toda andanza.

En mis ojos de un verde de esperanza
Vibra mi alma ; el oro que aun empieza
De mi bigote, oculta con tristeza
Un gesto venusino de asechanza.

Y entre mi corazón ennoblecido
Por el Ensueño, pasa y me enloquece
Como una lanzadera á poco ruido,

Una gota de sangre que enaltece :
De algún cacicaje fiero y aguerrido
Ó de un conquistador audaz y fuerte.

Ocaña — Colombia — 1908.

Del espíritu

Alma en pena, mi alma. Lo que hoy amo
Mañana hace una fuga hacia el olvido ;
Sufro por lo que ha sido
Y por lo que será padezco y clamo :

Ni soy un soñador empedernido
Ni el realismo me fuerza á su reclamo,
Y de esta dualidad en que me inflamo
Se resiente mi espíritu abatido.

Una fuente, una nube, una quimera,
Una voz de mujer suave y sincera
Mi ánima exaltan. Sufro, gozo y luchó . . .

Luego me queda al fin de la partida,
La tristeza de haber amado mucho
Y un cansancio infinito de la vida.

EDMUNDO VELÁZQUEZ.

(1) Publicamos estos sonetos tal como nos los envió el autor. El primero trae un verso libre de rima, como habrá notado el lector al final del segundo terceto. — N. DE LA R.

En un templo

Bajo relieve

Este libro es un bosque en donde el canto de las aves celebra tu Belleza.

Yo, esas aves melódicas no es-
panto.

Soberbio en su tristeza, el buitre solitario, que aislado y sanguinario, en abrupto peñón de la alta sierra soñando con la guerra el ala negra bate, con heroicas nostalgias de combate, y cuyo grito audaz tan solo estalla fatídico y salvaje, cuando agita furioso su plumaje sobre el sanguinario campo de batalla: no extenderá el ala ensangrentada, ni lanzará su lugubre graznido, aquí donde en idílica bandada, las aves cariñosas han venido á cantar tu Belleza inmaculada.

Este libro es un Templo en donde canta, un coro de creyentes tu belleza.

Detengo ante él la planta. Inclino la cabeza. No voy al Ara Santa, ni nuevo Ozáa extenderé mi mano, sacrílego y profano, á

donde está la santidad del Arca...

Incurable heresiarea, de extraño culto y con ajenos dioses, no lanzaré más voces, hechas para el rumor de la Blasfemia, aquí donde se premia la fe de un alma pura con cantares.

Yo, peregrino adusto, no entraré á profanar tu Templo, augusto, ni arderá en tus altares mi cirio de rebelde iconoclasta.

¡Oh, niña bella, y cuanto bella casta !

El viajador obscuro que no ha querido que tu Fe se asombre, escribirá por fuera sobre el muro del Templo blanco y puro, su perseguido nombre.

Y, ese nombre por tantos combatido, será en el templo alzado á tu pureza como un Bajo-relieve, allí esculpido, para probar á cuántos ha rendido el poder ce-
gador de tu belleza.

Fargas filia

Lápida

En la muerte de Carlos Pezoa Véliz

Ah interminable mañana !
Anda día, turbio día !
En el Sol no hai alegría
ni piedad . . .

Esa campana

fastidia sobremanera
con su toque de oración.
Apague su áspero són
la campana vocinglera !

Más silencio !

A dónde vas,
poeta ? . . .

No haya rumores.
Más silencio, mucho más !

Así callada, callada,
es una Ofelia sin flores
la Poesía enlutada !

JORGE GONZÁLEZ BASTÍAS.

Rimas prostibularias

Para APÓLO.

En el salón de baile, lujoso y asfixiante,
las notas incendiarias, resuenan de la orgía :
la risa entrecortada ; la sátira quemante ;
la charla púrpura ; el vals y la alegría ...

Desfilan las rameras de carne palpitante,
brindando sus caricias, preñadas de falsía,
y jóvenes y viejos, con ansia delirante,
se agitan por la sala, regando su ironía.

Las bocas de Afrodita, sensuales y carnosas,
apuran del champaña el fuego embriagador :
y en ángulos velados, por telas vaporosas,

el beso envilecido, resuena incitador ...
De cuando en cuando se abren cortinas misteriosas,
que ahogan con su bruma los triunfos del amor ...

II

En esa misma casa, en esa misma hora ;
mientras la orgía expande su intensa calidez,
en solitario lecho se ve una pecadora,
que siente de la muerte la horrible gelidez.

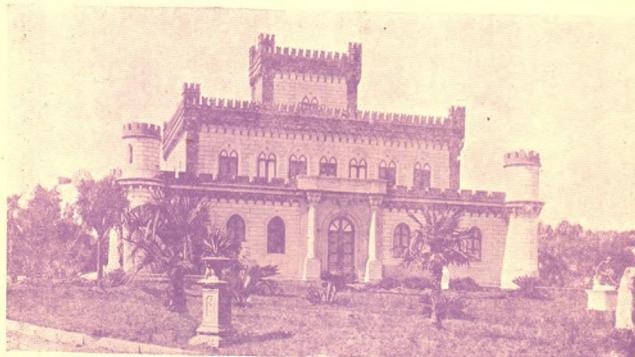
Comprime las almohadas, y amargamente llora,
al ver en un espejo su intensa palidez ...
Y llama ... Y nadie la oye ... ¡Su voz desgarradora,
se apaga con el valse : la eclipsa la embriaguez.

Las horas se desmayan, fatídicas y lentas.
En medio de la fiebre voraz que la arrebata,
recuerda su pasado de vívidas tormentas ...

Lanza un postre gemido ... su rostro se dilata ...
Retuerce con angustia sus manos macilentas,
y expira en el instante que cantan la *Traviata* !

CLAUDIO DE ALAS.

VISTAS DE PIRIÁPOLIS

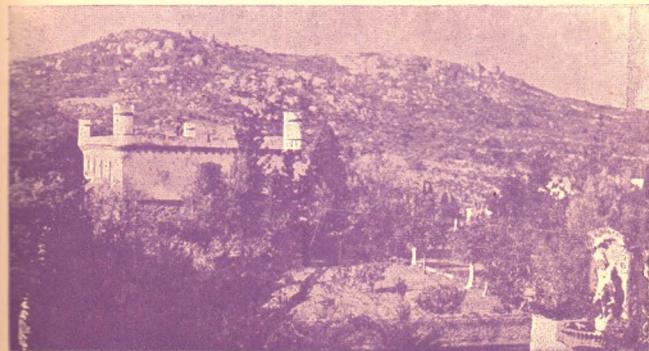


Piriápolis será dentro de breve tiempo el recreo obligado de los viajeros y excursionistas que visitan nuestras playas.

El Gran Hotel Balneario que será inaugurado próximamente tiene capacidad para más de 300 personas y es reputado el mejor de la América del Sur.



Situado en una de las regiones más saludables de la República donde la vegetación exuberante tiene las mismas proporciones que la del trópico el Balneario Piriápolis está llamado á ser la Meca de nuestras peregrinaciones veraniegas. — Las vistas que publicamos han sido sacadas recientemente



Desesperanza

Para APOLÓ.

Qué infinita tristeza la que fluye
de tu forma por siempre ya dormida !
¿ Por qué la muerte me robó tu vida
y con mi única esperanza huye ?

Yaceas muerta y un llanto inagotable
brota de mi pobre alma sin ventura,
mientras digo, pensando en tu hermosura :
¿ por qué lo bello no será inmutable ?

¿ Por qué el alma desgarra el cautiverio
que la opriime, y en vez de detenerse
surge á la inmensidad para perderse
en la inviolada noche del misterio ?

¿ Por qué en la vida tan fatal derrumbe ?
¿ Por qué se calla el corazón inerte ?
¿ Por qué el llanto inefable que se vierte
mientras el alma de dolor sucumbe ?

¡ Ah ! Yo pienso mirando hacia el destino
que nos brinda tan hondos padeceres,
que es la muerte que innola ciertos seres
un incommensurable desatino !

Me digo todo esto, cuando inerte,
vislumbro tu cabeza inmaculada,
perdida en las blancuras de la almohada
con la triste fijeza de la muerte.

Son las hondas angustias de mi duelo,
más negras que la noche de la vida.
¡ Pareces una blanca prometida
que á desposarte fueras en el cielo !

Albean en tu seno malogrado,
jazmines de inefables transparencias . . .
que me parecen lácteas florescencias
amamantando cosas del pasado !

Cómo se quejan en el alma opresos
los sinsabores que el dolor provoca . . .
y cómo tiembla, exánime, esta boca,
huérfana del encanto de tus besos !

Qué sentidas caricias me brindaras
si aun estuvieses al amor despierta !
No puedo comprender cómo estás muerta :
me parece, más bien, que dormitaras.

Oye, dolor, que reinarás eterno
al abatir por siempre mi cabeza :
Dale una oscura flor á mi tristeza :
también tiene sus flores el invierno !

Todo acabó ! Tu muerte asaz temprana,
nos aleja en terrible despedida ;
y si todo es efímero en la vida,
Sollozando te digo : ¡ Hasta mañana !

Hasta mañana ! Y el destino quiera
que pronto doble mi cansada frente ;
amaré tu recuerdo santamente,
tenlo seguro, mientras no me muera.

Al huir para siempre de este suelo
hay en tu faz tan majestuosa calma,
que acaso miras tu inefable alma
en un raudo volido hender el cielo.

Es hoy la mía un gran desierto triste
que no alienta ni un solo germen vivo . . .
pero tiene un oasis compasivo,
formado con los besos que me diste !

Su amparo buscaré, cuando aterido,
venza el dolor mi espíritu cobarde,
como regresa, cuando cae la tarde
el zorzal melancólico á su nido.

Y allí te amaré más, en los minutos
en que el oceano entristecido llora,
y apagaré mi sed abrasadora
exprimiendo la savia de sus frutos . . .

Hoy me causas envidia, cementerio,
al pensar en la gloria que te espera.
Guarda su cuerpo en tu mansión austera,
y ocúltalo en las sombras del misterio.

Qde junto al mármol de su tumba fría
ó entre las hojas de nn cíprós clemente,
como una taciturna ave doliente,
hará su nido la tristeza mía . . .

JOSÉ VIAÑA.

Hermosa y tonta...

Para APOLÓ.

Entrando á la casa, se percibe un fuerte olor á perfumes. A la derecha, en el patio, una habitación amueblada con lujosos divanes y grandes espejos; una hermosa araña que esparce sus luces de galas, pende del techo en su centro. Sobre los divanes, perezosamente reclinadas, están las mujeres expendedoras del placer. La patrona, Ercilia, una joven y esbelta mujer, con una sonrisa acariciadora, se levanta á recibirnos.

— En vuestra casa; — nos dice — podéis tomar asiento, mis amables amigos.

Se inicia una conversación franca, expansiva. Se ríe fuerte, se chacotea, se critica á medio mundo. El palurdo tal, que siempre acude con refranes nuevos, olientes á *cursi*; el sobrino del ministro aquel, siempre haciendo sonar las monedas en el bolsillo; el teniente de artillería, de caprichos infames; etc.

— Pero Sara — interrumpe Ercilia — tú siempre triste, retirada. Qué haces en ese rincón? Acércate tonta!... Es una mujer que no la comprendo, siempre silenciosa, fría; oye y calla.

Observéla un instante. Alta, blanca hasta el trasluz de las venas, de cuello grueso y salientes senos. Vestía un batón rosa pálido y sobre su rubia cabellera lucía un lozano jazmín. Nuestras miradas se encontraron. Bajó la vista con una cadencia su-

blime. La curiosidad me impulsó á su lado. Ofrecíle un asiento y comenzamos á hablar. Aquel dejo de sentimentalismo profundo, aquella sonrisa de expresiva amargura, obraban sobre mí, como un supremo dolor. Hablabamos de la vida...

... No sé reír, ni sé alegrarme. Ercilia reniega. Hermosa y tonta es una desgracia, dice. Cómo reír? Cómo alegrarme? De qué y por qué? Despues de arrancarme del seno de mi familia, donde era mimada por mis padres y mis hermanos, adulada y agasajada por mis amigos, para arrastrarme hasta aquí...

El rostro fué humedecido por ese llanto silencioso que mana desde el fondo del alma y un breve silencio se hizo. Hablaba pausada, con una tristeza profunda.

— Y, dime, quién fué...?

— Fué... bah... fué un amigo que dijo amarme... Amigo de mis hermanos, de mis hermanas, de mis padres... Nos iremos y nos casaremos, fueron sus palabras. Nos fuimos, pero casarnos... Cuando se aburrió me abandonó. Ercilia lo supo. Había sido condiscípula mía y como tal me visitó. Me habló de las bellezas de esta vida, y yo, incauta... ya lo sé... Ahora, quiere que ríe, que me demuestre alegre... Reírme... alegrarme... De qué... ¿Por qué...?

MARCOS FROMENT.

Ovidio Fernández Ríos



Por jardines ajenos

“Por los jardines del alma”, de Ovidio Fernández Ríos

¡Aun existen soñadores! ¡Aún!

Ellos sí, son los héroes opuestos á esa legión de autómatas, que han seguido el camino de las más vergonzosas claudicaciones superditando á las locuras del vicio las virtudes del ensueño del cual

abominan; abjurando de las ideas que alimentan los hombres libres predispuestos á la lucha, y ensayando genuflexiones con las que pagarán los favores de los Cresos.

El ensueño es, pues, un símbolo del heroísmo; una forma de lucha contra el Minotauro del oro que todo quiere acapararlo y domeñarlo á su antojo, protegido por la inercia de unos y la indiferencia de los otros, seres nacidos para la vida animal en un imperio de orangutanes.

Por eso, toda vez que me llegan en forma de libro las manifestaciones de un espíritu superior al que no arredra el avance de la fauna mercantilista, me siento inclinado más que al elogio á la admiración, sin creer por eso, como muchos, que el elogio de la obra ajena sea dicho en perjuicio de la propia.

Mucho regocijo me ha causado la aparición del libro de Ovidio Fernández Ríos, digno, por su estructura y concepto, de loa y consagración.

Era esperado entre nosotros un poeta así, que uniera á las exquisitezas de la poesía lírica las notas y el vigoroso empuje de la épica, pero conservando en ambas la belleza de la forma y siguiendo estrictamente el evangelio del arte. Otros intentaron antes conciliar las dos tendencias convencidos de que ello era factible, pero debido á su carácter ó á su predilección por una de ellas fracasaron lamentablemente, incurriendo en futilidades negativas de su talento ó cayendo inconscientemente en el abismo de la imitación servil.

POR LOS JARDINES DEL ALMA es la exaltada obra de un poeta combativo y á veces sentimental. Estrofas ricas de savia, de una fluidez á todas luces divina, que deleitan y dominan el espíritu encaminándolo hacia el corazón de la vida, las de Fernández Ríos son un trasunto del alma contemporánea, tan difícil de sondar por lo compleja y contradictoria. Muchas de ellas traen un soplo del sentimiento del poeta que rememora el pasado con ferviente devoción, ó un rasgo de su idiosincrasia que nos habla de la verdad con el viril acento de los apóstoles apasionados. Entonces, Fernández Ríos nos ofrece todos los matices y todas las notas de su temperamento tropical que, ora se desborda en vehementes imprecaciones contra la canalla que le asecha en la sombra; ora en consuelos para los humildes cuya es la aureola del dolor; ora en explosiones de soberbia respondiendo á sus detractores, ó bien en serenas expresiones sobre la tristeza de las realidades humanas.

Las composiciones *Chispa de ira, Lacrimæ, Cantos de la*

lucha, Desde la cumbre y La eterna sombra son un bello conjunto de axiomas que nos revelan la tendencia filosófica de este poeta moderno tan dado á largas meditaciones de las cuales el fruto es siempre positivo y eficaz. El estilo personal de dichas composiciones cuyo brillo no obscurecen las sombras de la retórica ni los artificios de la decadencia; el esfuerzo innovador que él señala, y los grandes aciertos con que termina cada estrofa, han hecho de ellas la escala por la cual asciende el autor á la cumbre de los grandes triunfos. En esas estrofas de rebelión y de verdad la belleza plástica harmoniza con el ritmo y con el pensamiento exuberante porque el artista se ha igualado al pensador y la labor de ambos se nivela.

Una de las características más encomiables de Fernández Ríos es la de exaltarlo todo en versos cuyas figuras nos dan una idea acabada de las cosas que canta y cuya harmonía tiene la virtud de conquistarse la voluntad del lector menos sensible. Leed *Pórtico* y os sentiréis arrastrados por sus palabras revolucionarias y por su soplo musical.

La poesía amatoria y la descriptiva en general tienen en este poeta un digno y noble representante que imprime sobre nuevas formas el sello indeleble de su originalidad y produce emociones de humano y hondo sentimentalismo. Ahí tenéis: *Epitalamio*, escrita en alejandrinos pareados tan suaves y cadenciosos que remedian una teoría de cisnes deslizándose sobre un lago; *Baile de máscaras y Rojo y Negro*, cuyos hemistiquios sonoros presentan giros flexibles y cambiantes aterciopelados; *Visión*, evocativa toda ella de las cosas de la Alhambra y cuyos frescos dodecasílabos sucéndense apaciblemente como los acordes de una guzla mora; *La canción de las campanas* y *Ya nos iremos...*, ambas leves y emotivas; *Infortunio*, en que el poeta vuelca con pasión su cáliz de amargura rememorando á su amada muerta, y ese galante soneto: *Perdonad á este pobre...* tan divinamente cerrado con este *porqué* elocuenteísimo:

« Porque de vos yo quiero, noble Señora mía,
Lo que siempre se piensa y no se dice nunca ! »

Ovidio Fernández Ríos es un poeta que ama y siente el madrigal pero no abandona la epopeya á la que es aparente su temperamento de luchador fogoso y en la cual su numen adquiere la talla de un Tirteo subyugador. El sabe que ha nacido para la lucha y para el ensueño como la mayoría de los escritores modernos, pero no

traiciona su vocación. Es un luchador y un soñador cuyos gestos, á veces, se contradicen. Más en este caso la contradicción no es sino un rasgo de la sinceridad del poeta cuya alma está expuesta á los huracanes íntimos que provoca la perspectiva del horizonte social ó el pesimismo de la juventud pensante.

Cuando dice:

«La libertad es grande como el mundo
Y el mundo es uno solo para todos!»

el trovador se yergue en rebeldía y su voz tiene la firmeza de un convencido avezado á los embates de la suerte.

Yo creo que el artista moderno debe ser un sembrador de ideales cuya cosecha disfrutarán las futuras generaciones, más aptas para la libertad que las de hogaño por la experiencia que legarán de sus mayores y por la evolución de la sociedad en estos últimos siglos.

¡ Desgraciado quien dice que al artista no debe importarle la libertad !

El arte no implica de ningún modo la sumisión absoluta á los potentados ni á los déspotas.

La era de los artistas áulicos pasó á la Historia y sólo en ella persiste su recuerdo como una sombra de la conciencias antiguas tan fuertemente apegadas al fausto y á las pompas reales.

El artista de hoy es un emancipado que, ó bien canta la libertad, ó bien la traiciona al precio del lujo y la comodidad.

Y Ovidio Fernández Ríos ha optado por lo primero, figurando así en la falange de los escritores libres.

Yo aplaudo en él al luchador y al artista y les estrecho la mano después de haberme deleitado por los jardines del alma donde ellos me condujeron.

PÉREZ Y CURIS.

A. Goby

Nuestra cártula luce hoy un hermoso trabajo del exquisito artista cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas.

Elogiar al Maestro que en ambas repúblicas del Plata ha conseguido un justo renombre y conquistado tantos triunfos, nos parece innecesario. Además, para ocuparnos de él, dignamente, necesitaríamos más espacio y tiempo, que emplearemos en una serie de estudios de arte, de próxima publicación. En tanto, agradecemos al artista su valiosa cooperación.

Poetas nuevos



JULIO J. CASAL

« Helénica »

A Pérez y Curis.

Es ánfora sutil de evocaciones,
un ensueño de amor donde palpita
del pasado — las regias tradiciones...
Bajo las alamedas, una cita :

El rubio paje de tus ilusiones
y tu canción la blonda sulamita...
¡Hay un beso de luz en la exquisita
sentimentalidad de tus canciones!

Hay un pálido azul en los mirajes
miríficos, sonoros de tus versos,
biombos dorados y jarrones tercos —

surtidores que cantan leve trino,
el grato rumorrear de los follajes,
la sombra que se pierde en el camino...

JULIO J. CASAL.

En retirada

Para APOLO.

Con mi dolor á cuesta,
Yo seré el nuevo Sisifo errabundo
Huyendo siempre de la humana fiesta
Dejando atrás el muladar del mundo !

No. No llamo á la muerte
Para ahorarme el sufrir de mi caída
Para ahogar los reveses de la suerte
Que fué el azote de mi ingrata vida.

Me voy lejos, muy lejos
Ni yo mismo lo sé, tal vez acaso
Al ocultarse el sol, ya sus reflejos
Sólo alumbrén las huellas de mi paso.

A dónde voy ? Lo ignoro ;
No voy en busca de mejor destino
Ni me seducen ni el poder, ni el oro
Ni tampoco la sed de peregrino,

Yo voy quien sabe á dónde
Para siempre á perderme en lontananza
Allá muy lejos donde el sol se esconde
Donde la vista del mortal no alcanza !

RICARDO PASEYRO.

Montevideo, Diciembre 1908.

El Amuleto

Para APOLO.

La tarde más feliz de nuestras citas
en el transcurso de un amor velado,
tus ojos en un llanto idealizado
me ofrendaron sus lágrimas benditas.

En las propicias lumbres infinitas
de mi cielo interior — opalizado, —
oculté con ternura el cruel pecado,
de conturbarle con amargas cuitas.

Te emocionaste en esa lucha grata
y ardieron tus mejillas de escarlata
por la embriaguez de un trémulo secreto
que delató tu mano caprichosa,
al privar á tu pecho de una rosa
para que de ella hiciera mi Amuleto.

CARLOS MARÍA DE VALLEJO.

Montevideo, 1908.

Juan Vicente Gómez

Reproducimos de *Venezuela*, revista que publica en París el gallardo escritor Pedro César Dominici, el presente artículo, escrito con motivo de la caída de Cipriano Castro, el inmundo despota venezolano, y la exaltación de Juan Vicente Gómez á la presidencia de la República. — *N. de la R.*

Por última vez el Destino pone en manos de este hombre afortunado la suerte de la República! Sobre los hombros del soldado que en diversas ocasiones afirmó con su espada la tiranía tambaleante, descansa momentáneamente el honor de la Nación! ¿Tendrá conciencia ese hombre de la altura en que se encuentra? ¿Sabrá abrasarse su alma en el supremo ideal de la Libertad? ¿Cumplirá sus deberes para con la Patria oprimida? ¿Tendrá alas de cóndor ó alas de cuervo? ¿Bajo la púrpura de su ambición se esconderá el servidor manso y sumiso, ó el libertador de un pueblo esclavo?

No necesitamos requerir en las entrañas de la víctima, ni entrar en el delirio místico de la pitonisa de Delfos para adivinar el porvenir: cortos días bastan para descifrar el enigma y descorrer el velo de los misterios.

Las ofensas y humillaciones que Castro ha inferido á Gómez públicamente bastarían para romper la más sólida amistad, que sin deshonrarse pueden cultivar dos hombres. Juan Vicente Gómez no puede olvidar el oprobio de la Aclamación del Terror, ni el papel ridículo que alevosamente Castro hizo desempeñar entonces al hombre que en La Victoria le había salvado la vida y el trono. Celoso de los laureles de su rival, el odio del sátrapa fué aumentando hasta la ruptura. Los amigos del vice-presidente

conocieron los encantos de las cárceles « restauradoras » y las tristezas del destierro, y Gómez mismo no osaba salir de su casa por temor de ser asesinado, ó preso, por orden del héroe de Capacho. Vigilante de sus propios intereses, Doña Zoila—ilustre consorte—observadora de la consunción que minaba la salud de Cipriano, juzgó prudente reconciliar al presunto sucesor con el estropeado cónyuge, suponiendo que aquél había de protegerle la cuantiosa fortuna del difunto: y la reconciliación fué hecha por manos femeninas. Reconciliación aparente. Gómez, hoso y taciturno, siente tras sí la hostilidad hipócrita del tirano; y sabe que sólo la mala salud de éste le ha impedido hasta ahora destruir completamente á su rival.

¿Por qué ha soportado Juan Vicente Gómez las más dolorosas infidencias y las embozadas vejaciones de su jefe, sin chistar, en admirable mutismo, sin intentar el gesto varonil de la protesta? ¿No aguardaría inquieto la hora del desquite? ¿No le ahogará la cólera al recordar los ultrajes recibidos? ¿Tiene ese militar alma de siervo? ¿O se imponía tales sacrificios para salvar más tarde al país de las garras de la tiranía?

No cuadra al guerrero vivir de hinojos. La actitud propia de frailes y sacristanes no está bien para quien ha conducido ejér-

citos y dormido en el estruendo de la metralla. El militar debe estar siempre de pie, ó sobre los estribos de su corcel, no de rodillas.

¡Cuán más noble destino, y cuántos varones ínclitos de altas virtudes y alma generosa no envidian hoy el sitio que ocupa Juan Vicente Gómez!... Romper las cadenas de un pueblo esclavizado es la más grande hazaña á que puede aspirar un soldado. Reedificar el imperio de la Ley sobre las ruinas de la satrapía, crear de nuevo la República, devolverle á los ciudadanos sus derechos conculcados, la libertad de reunión, la libertad del pensamiento. Abrir las puertas de las cárceles en donde gemen enyugados desde hace años, ancianos que ya contemplan la almohada de la tumba, jóvenes altivos que pasan los mejores años de la juventud tras los muros de la ergástula: ¡por el horrendo crimen de no amar á Cipriano Castro! Devolver la alegría á la mujer venezolana, cuyo rostro, cansado de llorar ya ha olvidado hasta la sonrisa. ¡Qué mayor gloria! ¡A qué satisfacción puede aspirar mortal alguno superior á la infinita dulzura de quien devuelve al seno de la familia al pariente

prisionero. Alrededor del recién llegado todos lloran, madre, esposa, hermanas, hijas; pero no son lágrimas de tristeza las que surcan aquellas mejillas: son lágrimas de dicha inefable y purificadora, lágrimas de amor.

¿Valdrá más para Gómez el amor ponzoñoso de la serpiente á quien llaman Cipriano Castro, que el amor del pueblo venezolano? ¿Se imaginará él que sus deberes de magistrado son con el tirano y no con Venezuela? ¿Creerá acaso que aquella tierra es feudo y bajalato de Castro hasta que la obra del gusano lo consuma? ¿Nueve años de criminal despotismo y cien millones de francos no le parecen suficiente premio para su antiguo amigo?

La reacción contra la tiranía es evidente. Nuestro pueblo no ha podido llegar á tal grado de abyección que no pueda despertar de la ignominia.

La figura del general Juan Vicente Gómez aparecerá ante la Historia: ó como la de un benefactor de su Patria esclavizada, ó como la más débil de nuestra política, manchada con los crímenes de Castro y con las infamias de una época vergonzosa y funesta.

PEDRO CÉSAR DOMINICI.

Rojío

Para APOLÓ.

Yo soy un soñador que por la Vida
Cruza con un enjambre de quimeras.
Pensando en las auroras venideras
Do vislumbra la Tierra Prometida...
Cuando yo luchó, nada me intimida;
A las olas que se alzan altaneras,
A las nubes plomizas, mensajeras
Que del Dolor anuncian la venida:

A Emilio Boix, cariñosamente.

Les presento mi pecho adolescente,
Que semejando un gladiador valiente,
Ante la fuerza del más rudo embate,
No siente ni el temor ni la zozobra:
Tiene el poder que basta y aun le sobra
En las ardientes horas del combate!

JULIO RAÚL MENDILAHARSU.

Faces radiosas

Para APOLO.

Esta noche el paisaje me cautiva
Con sus oros, su mûrice y su plata:
Cada estrella es un alma pensativa,
Cada rama una flébil serenata.

La fuente melancólica, en la riba
El raudal de sus perlas desbarata,
Y arde como una lámpara votiva
La luna, siempre misteriosa y grata.

En el leve mutismo del paisaje,
Donde prende la bruma albas de encaje,
Flota el alma sublime de las cosas;

Y en mi espíritu, enfermo de belleza,
Florecen con romántica tristeza
De la Reina Ilusión, todas las rosas.

GUILLERMO LAVADO ISAVA.

La Victoria — Venezuela — 1908.

Mi profecía

Para APOLO.

Por verte siempre joven ha roto Sagitario
el arco de sus flechas. Y Dios lo ha consentido...
Para que fueras triste la noche ha detenido
sobre tus ojos negros su tardo dromedario...

Para que fueras blanca, el sol — el presidiario
de la celda imposible de tu cutis — ha ido
encaneciendo, y tiene de nieve enriquecido
su venerable manto, como un rey solitario...

Por ti se purifican todas las cosas bellas;
por ti las flores quieren besar á las estrellas
y aspirar el perfume que en el aire derramas,

¡hasta claudica Eolo para beber tu aliento...!
y yo que te comprendo, y te amo y te presiento
no puedo ni siquiera saber cómo te llamas...

LORENZO VICENS THIEVENT.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

SALVADOR RUEDA Y RUBÉN DARÍO, por Andrés González Blanco. — *Librería de Pueyo*. — Madrid. — Es un hermoso estudio de la personalidad de aquellos poetas y de la poesía española en estos últimos tiempos. Escrito en ese gallardo estilo que ha hecho de la obra de González Blanco un verdadero símbolo literario, el libro que me ocupa, lleno de interesantes conceptos y notas personalísimas pareceme, no obstante, un tanto apasionado. No sé si ello es debido á la discrepancia de ideas que existe entre González Blanco y yo con respecto á la labor de aquellos poetas y al esfuerzo que ella significa comparándola con la de otros que en España y América señalaron también nuevas orientaciones poéticas. De cualquier modo: el libro de González Blanco, bien nutrido y documentado, se hace acreedor al elogio sin reservas, por la nobleza del concepto y por la pléthora de conocimientos que denota. Mis aplausos al joven literato. — PÉREZ Y CURIS.

BATALLA DE ODIOS, por Rafael López de Haro. — *Librería de Pueyo*. — Madrid. — Con una fina dedicatoria de su autor hemos recibido esta novela de un conjunto bello y armónico. La acción de *Batalla de Odios* se desarrolla en una aldea y de Haro hace desfilar allí todas las miserias morales, la avaricia y la ruindad que constituyen la vida de sus habitantes. Está en lo cierto López de Haro cuando dice que *hay quién canta á la paz de la aldea sin conocerla*.

Muy bien pintado está ese abogado joven lleno de buenos propósitos, que prevarica porque la parte contraria la representa una mujer bella y seductora.

Batalla de Odios es un libro de estilo y de observación. Han colaborado en él el artista y el psicólogo, ambos con igual suerte.

Vayan al autor nuestras sinceras felicitaciones. — FLOR DEL LACIO.

LAS NUEVAS TENDENCIAS LITERARIAS, por Manuel Ugarte. — *F. Sempere y C.ª — Valencia*. — El laborioso escritor argentino Manuel Ugarte, nos ha enviado un ejemplar de su último libro, así titulado. En *Las Nuevas Tendencias Literarias* so ocupa Ugarte de nuestra literatura contemporánea y de la labor de los escritores que más se han distinguido en América en estos últimos años. Los capítulos «El modernismo en España» y «Una ojeada sobre la literatura hispano-americana» son dos her-

En nuestros próximos números nos ocuparemos: de las novelas: «Sor Demonio», de Felipe Trigo, y «El Tormento de Sísifo», de Augusto Martínez Olmedilla;

y de los siguientes libros de Francisco Villaespesa: «El Patio de los Arrayanes», «El libro de Job», «El Mirador de Lindaraxa» y «Zarza Florida» (novela).

mosos estudios que ponen de manifiesto la serenidad de criterio y la benevolencia con que procede Ugarte después de observar las características de cada escuela y su influencia en pro ó en contra del verdadero ideal literario. Agradecemos el envío. — PÉREZ Y CURIS

LOS MAESTROS JÓVENES. — «GÓMEZ CARRILLO», por Eduardo de Ory. — *Librería de Pueyo*. — Madrid. — Hemos recibido este estudio de psicología literaria sobre la obra incansable y profusa del exquisito Gómez Carrillo, ya consagrado como maestro de la joven literatura hispanoamericana.

Ory, con elegante estilo, describe en él sus impresiones íntimas acerca de la belleza que encierran todos los libros de Gómez Carrillo. Agradeciendo el envío, adherimos al de Ory nuestro más sincero aplauso para el notable maestro. — OVIDIO FERNANDEZ RIOS.

NUEVO CANJE

EL POSTA ANDINO. — *Mérida (Venezuela)*. — Acusamos recibo del número 4 de este periódico de literatura, política, etc., que dirige el señor Nicolás Fernández T.

GÉNESIS. — *Mérida*. — (Venezuela). — De esta interesante revista de literatura nos ha llegado el número 22, repleto de excelentes materiales.

BLANCO Y NEGRO. — *Santo Domingo*. — De la tierra de Túlio M. Cestero también empieza á llegarlos canje. *Blanco y Negro*, que es una hermosa publicación artística, registra en sus páginas firmas de consagrados escritores dominicanos.

LA CUNA DE AMÉRICA. — *Santo Domingo*. — Es ésta una bellísima revista de ciencias, artes y letras, que se publica bajo la dirección del señor Juan Elías Moscoso (hijo). Los números 86 y 88 que tenemos á la vista traen un excelente material de lectura y, numerosos fotografados. *La Cuna de América* ocupa un alto puesto entre las más selectas revistas del continente.

EL FIGARO. — *San José de Costa Rica*. — Revista semanal ilustrada, de exquisita presentación y selectos materiales. Nos ha visitado el número 87 correspondiente al 17 de Octubre de 1908.

Establecemos el canje de práctica con las revistas arriba nombradas.

En nuestros próximos números nos ocuparemos: de las novelas: «Sor Demonio», de Felipe Trigo, y «El Tormento de Sísifo», de Augusto Martínez Olmedilla;

y de los siguientes libros de Francisco Villaespesa: «El Patio de los Arrayanes», «El libro de Job», «El Mirador de Lindaraxa» y «Zarza Florida» (novela).

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandi números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas e Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garantizan los trabajos de la casa

— PRECIOS —

| | | | |
|-----------------------------|-------------|------------|---------------|
| Traje de saco | de \$ 10.00 | á \$ 22.00 | |
| Jacquet | » 22.00 | » 28.00 | forro de seda |
| Smoking | » 18.00 | » 28.00 | » » » |
| Levita | » 30.00 | » 40.00 | » » » |
| Frac | » 30.00 | » 40.00 | » » » |
| Sobretodos | » 12.00 | » 22.00 | » » » |
| Pantalones | » 2.00 | » 7.00 | |
| Chalecos fantasía | » 1.00 | » 5.00 | |

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

APOLÓ

Revista mensual de arte y sociología

Director-Redactor: Pérez y Curis
Secretario de Redacción: Ovidio Fernández Ríos

CUERPO DE REDACCIÓN

Julio Raúl Mendilaharsu — Corresponsal en Europa

Juan Picón Olaondo — Montevideo.

Francisco Villaespesa — Madrid.

Manuel Ugarte — París.

Enrique Olaya Herrera — Bruxelas.

Luis G. Urbiná — México.

Rafael Angel Troyo — Cartago de Costa Rica.

Guillermo Andreve — Panamá.

Froilán Turcios — Tegucigalpa (Honduras).

Santiago Argüello — León (Nicaragua).

Arriuro Ambrogi — San Salvador.

M. Moreno Alba — Barranquilla (Colombia).

Alberto Sánchez — Bogotá.

Miguel Luis Rocuant — Santiago de Chile.

Pablo Minelli González — Roma.

Rosendo Villalobos — La Paz (Bolivia).

Luis Correa — Caracas (Venezuela).

Guillermo Lavado Isava — La Victoria (Venezuela).

Remigio Romero León — Cuenca (Ecuador).

Juan Guerra Núñez — Habana.

José de Diego — San Juan de Puerto Rico.